

EDITORIAL

La guerra en Ucrania y los límites del poder cuantitativo: desgaste, tecnología y la estrategia de los medios disponibles

Por el CR (R) Marcelo Javier Calderón

Más allá de los indicadores cuantitativos

Los cuatro artículos que integran este boletín comparten una preocupación analítica común: la insuficiencia de los indicadores cuantitativos para comprender la naturaleza de un conflicto armado contemporáneo. La Carta de Situación Operacional y Táctica al 25 de mayo de 2026 lo evidencia con rigor: el frente no muestra una ruptura operacional decisiva, pero sí una acumulación de ventajas tácticas que, por su efecto sistémico, adquieren valor operacional. El análisis de los esfuerzos apreciados de ambos actores no puede reducirse al conteo de kilómetros cuadrados controlados ni al número de bajas reportadas, categorías que las partes manipulan sistemáticamente como instrumentos del dominio informacional.

El poder militar va más allá de lo numérico. Lo cualitativo es esencial, y esto abarca el nivel de preparación, el adiestramiento, el alistamiento, la educación de sus integrantes, la experiencia de guerra, el estado moral de las fuerzas, la eficacia en los procesos de toma de decisiones, entre otros indicadores.

El artículo sobre el apoyo de la Unión Europea ilustra, desde otra perspectiva, la misma idea: la capacidad de un actor para sostener su esfuerzo de guerra no depende únicamente de su masa de fuego o de su territorio controlado, sino de la coherencia entre sus objetivos políticos, su voluntad estratégica y la sostenibilidad de sus vínculos de apoyo externo. La dependencia ucraniana del respaldo europeo y occidental no es una debilidad táctica, es una variable estratégica de primer orden que condiciona el alcance operacional y el punto culminante de la campaña.

El desgaste como lógica dominante: cuando la guerra se decide en la voluntad

El artículo sobre el desgaste como opción estratégica aporta al boletín la dimensión temporal que los análisis operacionales de corto plazo suelen soslayar. A más de cuatro años de iniciada la escalada, el conflicto ha desplazado su centro de gravedad desde el terreno hacia la capacidad relativa de los actores para sostener, en el tiempo, los costos económicos, sociales, industriales y psicológicos de la guerra. La pregunta decisiva ya no es quién controla qué posición, sino qué actor alcanzará primero su punto culminante de voluntad.

La degradación del factor humano en ambos bandos revela la profundidad estructural de este desgaste. Las cifras de bajas, disputadas, opacas y manipuladas por las partes, no son solo un dato humanitario:

son un indicador de sostenibilidad estratégica. La dimensión económica refuerza este diagnóstico. La caída en los ingresos presupuestarios rusos por petróleo y gas, el crecimiento casi nulo del PIB, la escasez de mano de obra y la inflación creciente son señales de un sistema económico sometido a una presión sostenida que empieza a comprometer sectores distintos del militar. Del lado ucraniano, los daños a la infraestructura, la afectación severa del sistema energético y la alta vulnerabilidad de la estabilidad macro financiera ante imprevistos políticos de los aliados configuran un cuadro igualmente exigente.

La clave interpretativa que ofrece el artículo es clausewitziana en su esencia, y remite también a la noción de *compellence* de Schelling: el ataque sistemático a la infraestructura energética ucraniana no busca la destrucción física del adversario sino la erosión de su resiliencia social y la modificación de su conducta política. El objetivo es el punto culminante moral. En esa lógica, el teatro de operaciones incluye las capitales, los hogares, los inviernos sin calefacción y la fatiga de los ciudadanos, tanto en Ucrania como, de forma creciente, en la propia Rusia.

La revolución en los asuntos militares ya no es patrimonio del Estado

La guerra en Ucrania está dando una de las lecciones más relevantes de este siglo: la revolución en los asuntos militares ya no es patrimonio exclusivo de los Estados. La proliferación de sistemas remotos aéreos, terrestres y navales de bajo costo ha hecho accesible el poder de fuego con menores riesgos, redefinido la doctrina operacional y disuelto la frontera entre el combatiente estatal y el actor no estatal. Cuando un dron alcanzable a cualquier presupuesto se convierte en un arma estratégica, la arquitectura de la seguridad internacional queda expuesta a una amenaza sin precedentes: la del poder letal descentralizado, clandestino e incontrolable.

El artículo “Más allá del entusiasmo tecnológico” aborda con precisión analítica el reverso de esta realidad: la tendencia sistemática a sobrestimar el impacto transformador de las innovaciones tecnológicas en la guerra. La noción de “normalización a través del uso” es conceptualmente valiosa para el Observatorio: las tecnologías que en un primer momento generan narrativas disruptivas, armas hipersónicas, municiones de precisión y drones FPV tienden a integrarse progresivamente en las dinámicas del combate. El Kinzhal fue interceptado por el Patriot. Las bombas planeadoras UMPK resultaron eficaces no por su sofisticación, sino por su costo, disponibilidad y adecuación al contexto operativo.

Sin embargo, la normalización tecnológica no debe confundirse con irrelevancia. La Carta de Situación al 25 de mayo describe con claridad cómo el empleo integrado de drones FPV, municiones merodeadoras, sistemas de guerra electrónica y artillería convencional constituye el rasgo táctico dominante del período. La saturación del campo de combate mediante sensores, fuego y negación del movimiento ha alterado la libertad de acción táctica de manera estructural. No es que la tecnología no cambie la guerra; es que la cambia de forma acumulativa, contingente y con efectos que difieren radicalmente de las anticipaciones previas al contacto.

La paradoja del costo humano invertido

El empleo masivo de sistemas remotamente tripulados introduce una paradoja inédita en la historia de la guerra: la asimetría inversa del costo humano. Un operador con habilidades de videojuego, sin formación táctica, sin cadena de mando, sin riesgo físico, puede neutralizar a una unidad de combate

cuya preparación demandó años de instrucción especializada y una inversión estatal de magnitud considerable en reclutamiento, adiestramiento y equipamiento. Esta disrupción no es meramente tecnológica; es epistemológica.

Cuestiona los fundamentos sobre los que se construyó durante siglos la doctrina militar: la superioridad del combatiente entrenado, el valor del sacrificio y la centralidad del Estado como actor monopólico de la violencia organizada. Esta paradoja se encuentra, además, en directa tensión con la lógica de desgaste: si la reposición de un combatiente entrenado demanda años y recursos considerables, y su neutralización puede lograrse con un dron de costo mínimo, entonces el factor humano cualificado se convierte en la vulnerabilidad crítica más difícil de compensar.

No es casual que tanto Rusia como Ucrania hayan recurrido a soluciones de emergencia, reclusos, inmigrantes, contratos individuales o voluntarios extranjeros para mantener el caudal de sus fuerzas. La presión sobre el factor humano no es un síntoma marginal del conflicto, es su arteria central.

La estrategia como arte de lo posible con los medios disponibles

La función del Observatorio Estratégico del Conflicto Armado en Ucrania no es registrar hechos, sino extraer de ellos conocimiento situado y relevante para el diseño de políticas de defensa y la educación militar superior. Cada boletín es, en ese sentido, una contribución al proceso de aprendizaje institucional que Clausewitz consideraba inseparable de la preparación para la guerra.

Los cuatro artículos de este número convergen en una enseñanza central: la guerra en Ucrania no la gana quien posee más medios, sino quien logra transformar sus medios disponibles en efectos estratégicos sostenidos en el tiempo. Rusia dispone de superioridad numérica en varios dominios; sin embargo, su incapacidad inicial para establecer superioridad aérea y su dificultad persistente para convertir avances tácticos en rupturas operacionales reflejan los límites de la cantidad sin calidad de empleo. Ucrania, con medios comparativamente menores, ha demostrado que la adaptación táctica, la integración de sus sistemas, la interdicción profunda y la sostenibilidad del apoyo externo pueden compensar parcialmente esa asimetría, aunque esa compensación tiene también un punto culminante.

El artículo sobre el desgaste concluye con una afirmación que sintetiza el estado del conflicto con precisión: la búsqueda de una paz negociada pretende esconder el agotamiento de ambas naciones en pugna, que no admiten su mutua derrota al no poder lograr sus respectivos objetivos estratégicos. Esta tensión entre fines declarados e imposibilidad de alcanzarlos por medios militares es, precisamente, la condición que define a las guerras de desgaste prolongado, y la que hace más urgente para los observadores externos el análisis riguroso y metodológico de su dinámica.

En una contienda bélica triunfa el que logra los objetivos estratégicos, más allá de si hunde toda una flota enemiga, destruye todos sus aviones y tanques o toma una determinada cantidad de kilómetros cuadrados de territorio. De eso trata la estrategia militar: de lo que se hace con la cantidad de medios militares elegidos para lograr los fines políticos. El seguimiento riguroso de esta guerra, con la metodología que nos hemos impuesto en el Observatorio, es nuestra forma de honrar esa lección.